

El pintor salvadoreño Pedro de Matheu Montalvo

Por Rodolfo Barón Castro

SI a cualquier salvadoreño de cultura media se le preguntara a quemarropa cuáles habían sido y eran en la actualidad los valores del país cotizados internacionalmente en las artes plásticas, de fijo que, al menos de momento, el interrogado se quedaría bastante perplejo. Tal vez se acordara rápidamente de Francisco Cisneros y, con menos celeridad, de Toño Salazar. Después barajaría otros nombres, pero caería en la cuenta de que, pese a su mérito, carecen todavía de lo que, en puridad, se entiende por un prestigio internacional.

Señalaría, con más detenimiento, a tal o a cual que había estudiado en el Extranjero, mereciendo elogios o ganando, en buena lid, alguna honrosa

recompensa. Pero, después de ello, y no sin cierto desencanto, acabaría por reconocer que el medio local agostó sus mejores ambiciones al reducir al mínimo sus posibilidades. Y, después de dar los dos nombres antes citados —uno para el siglo pasado, y otro para el actual— acabaría lamentándose de que la incuria de nuestras clases dirigentes tuviera la culpa de que se perdieran, o no fructificaran como es debido, nuestros mejores talentos artísticos.

Las consideraciones, en este aspecto, podrían llevarnos muy lejos. Cuando ganamos el artista, podríamos casi siempre decir que perdemos el compatriota. Sólo Dios sabe las nostalgias que arrastraría Cisneros en el

París del segundo Imperio, hasta que halló en la Cuba española acomodo para su Arte, hermanando, en lo posible, el ambiente propicio a su labor, con el gusto de hallarse, ya que no en la tierra natal, al menos en una muy próxima y semejante.

Toño Salazar saltó del Nuevo al Viejo Continente, y de éste, otra vez a aquél. Ecos y muestras de su labor nos llegan de tarde en tarde, principalmente en libros que su maestría avalora. Como Cisneros, después del triunfo parisiense, encontró en otros países de nuestra habla —en los del Plata— el medio adecuado para desarrollar su fino arte de ilustrador y dar suelta a su agudo ingenio de caricaturista.

Pero a los dos nombres anteriores, pocos de los compatriotas a quienes se planteara la cuestión sabrían añadir un tercero: el de Pedro de Matheu Montalvo. La razón no deja de ser explicable. Cisneros es un valor históricamente consagrado, y desconocerlo acusaría ignorancia. Toño Salazar destacó en nuestra tierra desde muy joven, dió en ella sus primeros frutos y su periplo artístico lo han seguido las gentes de su generación con admirativo entusiasmo; Matheu Montalvo, en cambio, vino a Europa siendo muy niño, habiendo desarrollado toda su labor en el Viejo Mundo. Esporádicamente, cuando alguno de sus éxitos lo llevaba al primer plano de la actualidad, nuestra prensa se hacía eco de él; pero, en la práctica, su obra no es conocida sino de un selecto grupo, formado principalmente por quiénes, en Europa, han tenido la fortuna de poder admirarla.

Su vocación, desde la infancia, se mostró pujante y arrolladora. En el París anterior a la primera guerra mundial —en el que su padre, don Pedro

de Matheu Salazar, representaba diplomáticamente a El Salvador, sintió la llamada del Arte con fuerza irresistible. Sus cuadernos escolares, en vez de las complejidades del Álgebra o las singularidades de la Gramática Francesa, se llenaban de monigotes sacados de su imaginación.

¡Pintar! En ello se cifraban y resumían todas sus aspiraciones. El ambiente artístico de un París en el apogeo de su grandeza, se metía por todos los poros de aquel chico despierto, indisciplinado y rebelde, del que parecía difícil hacer, andando el tiempo lo que se llama «un hombre de provecho». Echada a volar la imaginación, veía ya su nombre, en grandes letras, llenando vallas y carteleras, con el anuncio de sus obras, exhibidas en alguna sala famosa, al igual que leía los de los grandes maestros que, por aquel entonces señoreaban, desde la capital francesa, el mundo del Arte. ¡Locos ensueños!

Pero los años pasan y su vocación se afirma, persistente y rectilínea. Logra por fin, en un crítico momento, en el que su salud se resiente gravemente, la ansiada autorización paterna para ser «solamente» pintor. Ya para entonces ha manchado muchas telas, en las que la incipiente factura deja traslucir, no obstante, la fuerza de su temperamento. El espigado mozalbete ha de enfrentarse, de allí en adelante, con un mundo por ganar. Mas no olvida que, entre el ensueño y la realidad existe un puente que sólo puede tenderse con los materiales del esfuerzo, la constancia y el estudio.

Ya le tenemos incorporado a la bulliciosa tropa de los artistas en ciernes. Matheu Montalvo —Pierre de Matheu, con pronunciación gala, para

sus amigos y camaradas—, lucha durante varios años para dominar la técnica del dibujo y de la pintura, bajo la vigilante atención de maestros excelentes. Es alumno, primero, de la academia de Castellano («La Grande Chaumière») y, finalmente trabaja en la de Julien. Y, todo ello, sin dejar de frecuentar, según le conviene, la escuela oficial de Bellas Artes.

En unos y otros sitios, labora con inextinguible entusiasmo. Horas y horas al día, se consagra al estudio con ánimo tan persistente como ilusionado. Su espíritu juvenil y ambicioso se traza metas cada vez más elevadas, y hacia ellas se encamina, sin sombra de desaliento. El fruto, no tarda en recogerlo. Ya poco tienen los maestros que corregir en sus trabajos. Ahora, conviene dejar que su temperamento—muy personal—busque su propio camino. El artista está hecho.

Cuando Matheu Montalvo abandona la academia de Julien hace sus primeros envíos a las Exposiciones. Para quien comienza, el solo hecho de la admisión implica ya un triunfo. Así, en 1918 exhibe varios de sus cuadros en San Juan de Luz («Galerie d'Art»), y en París («Galerie du Luxembourg»). El año siguiente, obtiene el espaldarazo oficial, al admitírsele un cuadro en la Exposición Nacional de Bellas Artes, celebrada en el «Grand Palais», de la capital francesa. Se trata de un bello paisaje de nieve, titulado «Route de Meudon à Clamart».

En el Salón de 1920 presenta «Le Pont de Saint Cloud», galardonado con una honrosa «mención», tan ambicionada como, en este caso merecida. André Alexandre, crítico de «Le Figaro», destaca ya su nombre en una par-

ca lista de paisajistas. («Les salons de 1920, Paysages». Paris, 14 de abril de 1920). Otros varios, en revistas especializadas, dedican a nuestro joven artista, con mayor detenimiento, justos elogios. Pero aún hay más.

Ese solo cuadro de «la Nationale» de 1920, sirve para que André Ibels, en un extenso artículo publicado en «La Justice», en abril de 1920, acerca de la crisis del paisajismo en Francia, señale claramente que: «Uno de los raros pintores paisajistas, uno de los que creen todavía, felizmente, en la aportación de los impresionistas —la hora y la luz—, es Pierre de Matheu. Su «Pont» recuerda las bellas épocas, aquéllas en las que triunfaban Monet, Pissaro y Guillaumin». El joven pintor ha dejado ya de ser inédito.

En El Salvador —justo es reconocerlo— la prensa muestra su júbilo, y el Poder Ejecutivo acuerda adquirir el cuadro, destinándolo, según reza la disposición publicada en el «Diario Oficial», el 4 de julio de 1921, para la Galería del Salón Pictórico de nuestra Universidad Nacional».

Pero este mozalbete salvadoreño —que aún no ha cumplido los veinte años—, no se duerme sobre estos primeros y frescos laureles, decidiéndose a acometer empresas de mayor aliento. Ahora, ha de trabajar de firme para su primera exposición individual. Esta se celebra en el «Hôtel Ruhl», de Niza, y la presentación corre a cargo de Enrique Gómez Carrillo, el más universal por aquel entonces, de los centroamericanos.

El éxito desborda lo esperado, y nuestro compatriota saborea, merecidamente, el balago de la fama. Mas, con

todo, esto no es sino una etapa. El triunfo, si abriga su mocedad creadora, no lo envanece. Y terca, denodadamente sigue en la brecha. Pinta más y más. Sus sueños infantiles han de verlos convertidos en realidad. El escolar que llenaba de monigotes los cuadernos de estudio, y casi de escondidas se colaba en las galerías de Arte para contemplar las obras de los grandes maestros, está ya cerca de convertir en realidad sus ilusiones: ha de conquistar París.

El sueño, vuelto realidad, se desarrolla del siguiente modo:

En la primavera de 1921, personalidades, prensa, «amateurs», artistas, «snobs», reciben una invitación para visitar, el día 17 de mayo, en las «Galerías Georges Petit», la exposición de nuestro compatriota. Los pegadores de carteles, con su clásica escalerilla portátil, su bote lleno de engrudo y su brocha, hacen su oficio habitual. Junto al anuncio del pianista célebre, de la bailarina famosa o del orador político, adhieren otro que, sobre fondo amarillo, azul, verde y rojo, anuncia, con letras de un palmo, la exhibición de pintura de nuestro artista. Los curiosos detienen el paso, y mientras gozan de un tibio sol primaveral, guardan por un instante en la memoria el nombre que acaban de leer.

Pero, en más de un sitio —pegado a la artística cartelera que tiene en el medio muchos faroles—, el anuncio luce aislado, y parece así como más imperativo. El pintor no resiste a la tentación de retratarse junto a una de estas farolas, que le cobija como un árbol de metal. El bulevar de la Magdalena sirve de fondo y todo París está en él. Alguna palmera de su San-

ta Ana natal, de fijo, captaría el sutil mensaje, y al agitarse movido por el viento, intentaría, conmovida, repetirlo.

El gran día llega por fin. Ese «mundo» parisiense, que curioseaba en el nacimiento de los nuevos valores artísticos, tiene ya los cuadros ante su vista y, en las manos, el catálogo de la Exposición. Es Francis de Miomandre quien presenta y apadrina al artista. Lo que de él dice, no puede ser más interesante.

El ilustre crítico y escritor —cuya fama, ya para entonces, había sobradamente desbordado las fronteras de su patria—, trata de reivindicar, sin paliativos, el arte y hasta la persona de Matheu Montalvo para Francia. Esto último, que podría parecerse excesivo, viene a ser en el fondo, el máximo elogio que podía tributarle.

He aquí la traducción del párrafo principal a este respecto: «Fue traído a nuestros países, por sus padres, a la edad de cuatro años y no lo ha dejado ya. Su educación, su cultura, el ambiente que ha respirado, las amistades que ha hecho, la influencia intelectual y moral que ha recibido, son francesas, neta y casi exclusivamente. Nada, en su obra, denuncia el menor exotismo. No es que él se esfuerce por borrar los vestigios, pues se le descubrieran. Pero, todo naturalmente, sin artificio, ni «pose», simplemente dejándose llevar por la pendiente de su sensibilidad, este joven artista reacciona delante de la naturaleza como un compatriota de Sisley y de Monet, y es con buen derecho con el que podemos reivindicarlo como nuestro».

Dejemos para más adelante esta sugerente materia —de la que sólo interesa, por ahora, sentar el hecho—,

para poner de manifiesto que Miomandre, pese a tratarse de un novel, juzga su pintura como si fuera la de un consagrado. Justamente indica que Matheu Montalvo «posee un don maravilloso, el primero de todos, posiblemente, aunque sea para algunos el más peligroso: la facilidad». En esto acertó plenamente, pues a lo largo de su carrera artística, nuestro compatriota la ha empleado, no para deslizarse por su cómoda pendiente, sino para ponerla a prueba abordando lo dificultoso.

Lástima grande es la de no poder resumir y comentar en estas páginas, como se merece, la presentación que el insigne autor francés escribió para nuestro connacional con motivo de su primera exposición parisiense, pues toda ella está llena de juicios tan ciertos como justificados; pero sí creo conveniente destacar uno de ellos, que ha tenido, andando el tiempo, plena confirmación.

Dice así: «Es verdaderamente raro que uno pueda discernir acerca de un artista tan joven —y del cual, en resumidas cuentas, esta exposición no representa sino los comienzos—, unas directrices tan netas. No se está muy cómodo, desde luego, en el papel de profeta, pero, sin embargo, me extrañaría mucho que Pierre de Matheu no llegue a ser, un día, un artista de primerísima fila. Para ello le será suficiente continuar por el camino que se ha trazado».

Los treinta y cuatro lienzos que presentó Matheu en su primera exposición de París —todos ellos paisajes de Francia— obtuvieron, de la crítica, puede decirse que unánimes elogios. París, cierto es, no se entrega fácilmente, pero el repaso de los comentarios

aparecidos en sus diarios y revistas, por aquellas fechas, dan a favor de nuestro artista un balance netamente ganancioso. Quienes, reacios a sancionar, a través de una primera muestra de la obra de un novel, tuvieron que rendirse, cuando menos, al argumento de la calidad.

Valga en este sentido reproducir la opinión del crítico de «L'Intransigeant» (y aquí parece que el título del periódico es normativo de la severidad de sus colaboradores), quien, sin soltar prenda, se manifiesta de esta guisa: «Pierre de Matheu expone, creo por primera vez. Desde luego, es muy joven, nos dice su representante Francis de Miomandre. Tiene, ciertamente, una gran facilidad y algunas de sus obras podrían estar firmadas por Guillaumin, lo cual no es pequeño elogio. Sin embargo, si el señor Pierre de Matheu ama sinceramente el arte, dejará este elegante «pastiche» y verá con ojos propios. Con la mano que tiene, nos promete un bello temperamento de pintor».

Transcribo íntegramente esta opinión —la menos favorable de todas las aparecidas—, justamente para que pueda valorarse cómo, hasta quien emplea el máximo de reservas hacia su obra, no deja de reconocer a ésta un altísimo valor. Decir a Matheu Montalvo —un joven de veintidós años—, que muchos de sus cuadros los hubiera firmado Guillaumin, no es, desde luego, hacerle poco favor. Decirle que procure desasirse de influencias y de buscar su sendero propio, es casi una perogrullada. El artista que empieza, salvo excepciones geniales, suele acusar la huella de sus admiraciones. Claro está que Matheu tenía que buscar un camino muy personal. El tiempo ha sabido demos-

trarnos que lo halló. Y, al escribir el crítico de «L'Intransigeant» que con la mano que poseía, prometía un bello temperamento de pintor, no hacía sino poner de relieve una realidad que tenía ante sus ojos.

Naturalmente, está fuera de mi propósito el seguir paso a paso la carrera artística de nuestro compatriota. No me he propuesto estudiar a Pedro de Matheu Montalvo como pintor, sino simplemente, esbozar a mis compatriotas su figura como tal, a fin de contribuir a que la conozcan mejor y, por ende, puedan estimarla en su auténtica valía. Y, si me he detenido en narrar con cierta proligidad sus comienzos, ha sido en el deseo de poner de manifiesto el ardoroso tesón de sus juveniles años, ejemplo vivo y estimulante de lo que puede alcanzar una voluntad firme, cuando se le encamina hacia el logro de una meta claramente definida.

La carrera posterior de Matheu Montalvo es una carrera de éxitos. Que en El Salvador sea escasamente conocido, no es culpa suya. Las exposiciones se suceden una tras otra, y diarios y revistas del Viejo Mundo consagran dilatado espacio a comentarlas. La simple enunciación de éstas, a partir de la primera, basta para expresar la amplitud de su labor. Hélas aquí: «Galleries des Artistes Français», Bruselas, 1927; «Galleries Rodrigues—Enriques», París, 1932; «Salle Renoir» (Bernheim—Jeune), París, 1936; Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, 1941; Galerías Atenea, Barcelona, 1943 y Salón de Exposiciones de la «Revista de Occidente», Madrid, 1947.

Lo anterior, por lo que se refiere a sus exhibiciones individuales. Pero,

hay que sumar, como muy importante, su concurrencia a otras colectivas. Valga en este aspecto destacar, únicamente sus envíos a las siguientes: «Galleries Manuel Frères», París, 1922; «Maison de l'Amérique Latine», París, 1923; Exposición de Evansville, Indiana, Estados Unidos, 1926; Exposición Ibero-Americana, Sevilla, 1927 y Exposición Internacional Olímpica, Los Angeles, Estados Unidos, 1935.

En cuanto a galardones, conviene poner de relieve que, en la Exposición de Sevilla obtuvo medalla de oro y en la de Los Angeles se le declaró fuera de concurso. A más de todo ello, podría añadirse la exhibición de cuadros suyos pertenecientes a colecciones particulares, como en la de Madame Jacques Lecomte de Nouy, celebrada en 1937, en París, y en la que figuraban solamente trece artistas, entre los cuales Vallotton, Bonard, André David, etc. Todo lo que pudiera añadirse a lo escrito sería reiterativo.

Nuestro compatriota ha alcanzado, sin duda alguna, un punto de excepción dentro del arte europeo contemporáneo. Su estudio ha figurado incluso en los itinerarios artísticos de «Art et Science», de París, y ha recibido, por este medio, la visita de numerosos aficionados y conocedores. El Salvador, por lo tanto, y gracias a Matheu Montalvo, no ha estado ausente, durante los últimos treinta años, del vigoroso movimiento artístico que, desde Europa, ha tenido proporciones universales.

Y es ahora cuando conviene volver a las frases de Francis de Miomandre acerca del francesismo de Matheu. Si juzgamos sólo por lo que a la técnica se refiere —especialmente en la de

su primera época— ello resulta evidente, pero en cuanto se trata de una consecuencia lógica de su formación, pero, sobre tal aspecto nada podemos, como salvadoreños, objetarle. ¿Podría nuestro país ofrecerle un ambiente propicio para el desarrollo de su vocación artística? Evidentemente, no. Matheu lo halló en Francia, como pudo encontrarlo en Italia o en España. Pero Matheu no ha dejado en ningún momento, de ser «temperamentalmente» nuestro. Y aquí estriba, desde nuestro punto de vista, su mayor mérito.

Cuando Miomandre escribía acerca de él, a propósito de su primera exposición, acaso pudiera tener razón. Sin duda la tenía. Pero era una razón circunstancial. En los comienzos, cuando la eclosión de su auténtico ser artístico no se había producido, era más que otra cosa, producto del ambiente. Pero ¿lo siguió siendo? Ciertamente, no. Y la razón estriba en una sola palabra: España. Matheu encontró en Andalucía —que frecuentó desde su niñez, en vacaciones familiares—, un algo distinto: la luz. Este encuentro suyo con la luz española representa en su pintura un hito fundamental. Sin abandonar su técnica precedente, supo adaptarla en forma prodigiosa a esta llamada ancestral. Quienes examinen sus realizaciones actuales, podrán hallar, desde luego, determinadas influencias francesas —magníficas y aleccionadoras influencias—, pero ya no podría decirse de él, ni siquiera como elogio, que sus cuadros los hubiera firmado Guillaumin.

Y tan es así, que Matheu —«francés» integral para Miomandre—, alcanza nuevos éxitos en Bruselas y París justamente con algo nuevo: sus temas

de Andalucía y de Marruecos. Ya asoma el «exotismo», no sólo en lo temático, sino también en lo temperamental. Mas hay que señalar otra etapa básica en su Arte y en su vida. Matheu —como Cisneros o como Toño Salazar—, abandona París para radicarse en un país de habla española. Y, lo que para el uno fué Cuba y para el otro es la América del Sur, para Matheu es la propia España, en la que se instala definitivamente en 1939. La razón no es de índole artística sino de carácter filial.

Matheu deja París, cuando estaba más cerca de cosechar los mejores frutos. Su permanencia en España le «recupera» en cierto sentido, para abordar los temas con los que se encariñó desde niño, con una fuerza que ya es solamente suya. ¡Qué duda cabe que la técnica acusa el origen! Sin duda, un noble origen. Matheu tiene de francés, como pintor, todo cuanto debe tener. Pero Matheu es ya, en el momento actual —es decir, en el de su máxima brillantez artística—, tan francés como español, y tan español como salvadoreño. Hay una serie de resortes subconscientes que mueven sus pinceles, dotándoles de un «algo» que no puede menos de ser nuestro.

Nadie mejor que Lafuente Ferrari —catedrático de la madrileña Escuela de Bellas Artes de San Fernando, y uno de los más altos valores de crítica artística española—, ha sabido expresar esto en la admirable introducción que puso al catálogo de la exposición de nuestro compatriota en los salones de la «Revista de Occidente», en 1947. Dice así: «Salvadoreño y parisién, gacitano de América, Pedro de Matheu es, sobre todo, un artista refinado y exquisito que sabe ser —no siempre

fácil ciencia— un pintor de su tiempo».

La labor que Matheu lleva realizada en estos últimos años en España, se caracteriza —tanto en sus óleos, como en sus dibujos— por una increíble originalidad, basada en una técnica difícilmente superable. Sus dibujos de España constituyen un conjunto de extraordinaria valía. Su exposición de la «Revista de Occidente», dice sagazmente Lafuente Ferrari en la introducción antes citada «pudiera titularse España vista por Pedro de Matheu». Y más adelante añade: «Mas yo me atrevería a recomendar a un editor inteligente la publicación de un libro que reprodujese, antes de que se dispersen en las colecciones de los «amateurs», estas interpretaciones de España escenografiadas por la pluma y las manchas de Matheu».

Pero aún hay más. Justamente en estos días ha visto la luz, en edición cuidadosísima, el libro titulado «Soria», del insigne poeta español Gerardo Diego, de la Real Academia Española. Y las ilustraciones de la obra se deben a nuestro compatriota. Todos los amantes de los bellos libros y de los bellos versos, tienen ahora en las manos esta obra, adornada con dibujos de mérito extraordinario y de finura plástica difícilmente alcanzable. Matheu fué a Soria a dibujar las ilustraciones, y supo captar prodigiosamente cuanto de maravilloso encierra la bella urbe castellana. Tuve la suerte de ser testigo, en su estudio, del entusiasmo que los originales produjeron en el gran poeta español. Y, como salvadoreño, me he enorgullecido al ver, en los ejemplares de la edición limitada, la firma autógrafa de éste, unida a la de nuestro compatriota en un mismo canto a la Belleza.

Pero, también como salvadoreño no he podido menos de dejarme llevar por reflexiones no muy halagüeñas. Me he preguntado si será posible que andando el tiempo, no nos quede otro consuelo que el de sentirnos compatriotas suyos, admirando sus paisajes de Francia, de España, de Italia o de Marruecos, pero sabiéndonos culpables —es la palabra exacta— de no haberle proporcionado la oportunidad de plasmar algo nuestro. Yo sé que Matheu Montalvo es y se siente —esto puedo garantizarlo—, tan profundamente salvadoreño como el que más, al grado de que en su estudio se ha hallado siempre rodeado de algunas cosas nuestras, que le sirven como de manes tutelares. Comprendo que Matheu como artista, necesita vivir en un ambiente propicio a su Arte, y éste difícilmente podríamos brindárselo allá, pero ello no implica que no estemos en posibilidad de ofrecerle los medios para entrar en contacto con nuestro paisaje, teniendo la seguridad de que tal contacto habría de significar una etapa tan fundamental y fructífera en su Arte, como lo han sido las de Francia y España.

Bien sé que estos proyectos no son fáciles de realizar, pero tampoco ignoro que nuestro país, en la actualidad, siente en todos sus poros ansias renovadoras. ¿Por qué no creer que ello pueda ser posible? Las instituciones culturales, tanto oficiales como privadas, podrían realizar el milagro. El beneficio sería, sin ningún género de dudas, pura y exclusivamente nuestro.

Y, para terminar, entiendo que debo tocar un punto que, para los salvadoreños, ofrece indudable interés. Matheu Montalvo, es necesario decirlo, ha luchado y triunfado sin apoyos ofi-



La Oración de la Tierra. — (Oleo) — Burgos.



Calle de Santo Domingo — (Oleo) — Puerto Real (Cádiz)

Desde la Colegiata. (Tinta de China)
Jerez de la Frontera.



Mi Jardín Solariego (Oleo)
Puerto Real (Cádiz)

ciales. Esto es una realidad que se repite con harta frecuencia. Acaso, para él, haya sido mejor. Nuestro pintor, en este aspecto, nada debe sino a su propio esfuerzo. Pero, en lo profundo de su espíritu, luce siempre una llama inextinguible de patrio amor. Para él la patria representa algo, sí lejano, siempre querido, que revive a cada paso en su alma de artista. No es el desenraizado que abandona como fácil carga la de la nacionalidad (lo cual, en cierta medida, le habría facilitado el camino del éxito), sino un salvadoreño que ha estado en permanente servicio del prestigio nacional. Donde a él se le elogia y ensalza, se elogia y ensalza a El Salvador.

Conozco la íntima alegría que recibió cuando, a propuesta del Jefe de nuestra Misión diplomática en España, y en atención a sus indudables merecimientos, se le nombró Agregado Cultural en la Madre Patria. Ello le ató, por así decirlo, más a nuestro suelo, y bien sé —y cuantos salvadoreños han podido constatarlo lo saben igualmente—, cómo se esmeró en llevar a término su cometido con el máximo espíritu de lealtad y de eficacia. Los salvadoreños pudimos sentirnos satisfechos de que «oficialmente» se hiciera un homenaje a su labor de artista, tan beneficioso para nuestro prestigio en el Exterior. Quitó tiempo a sus pinceles para atender los menesteres de su cargo, al cual llevó el reflejo de su propio brillo.

Y, he de añadir, que su designación se hizo a título honorífico, es de-

cir, que aceptó el realizar una tarea que no le rendía provecho material alguno. El nombramiento, andando el tiempo, fué anulado. Ciertó que en carácter de medida general y sin que en lo más mínimo significara desdén, ni hacia su personalidad de artista ni hacia su labor diplomática, brillantemente desempeñada.

Convencido estoy de que su reincorporación al cargo enunciado no se hará esperar, pero entiendo que ello habrá de hacerse en la forma que a sus méritos corresponde. Creo que estamos en el deber de «recuperar», íntegra y plenamente, a cuantos valores auténticos poseemos. De recuperarlos y de incorporarlos a la labor cotidiana, allí donde puedan rendir mejores frutos.

El caso, por lo que a Matheu se refiere, es claro, y a él me concreto en estas líneas; pero la labor debe ser, en este sentido, más ambiciosa. Para disponer de un instrumento estatal de positiva eficiencia, tenemos la obligación ineludible de dotarlo de elementos de la mejor calidad. Los resultados no tardarían —de emprenderse con interés la tarea— en ponerse de manifiesto. No creo que deban proseguir, en ningún aspecto, viejos métodos de indiferencia, que hagan de los salvadoreños que han sabido dar prestigio a la patria con limpias ejecutorias, islotes de renombre de los que un día nos acordemos, para rendirles el estéril homenaje de nuestra admiración tardía.

Madrid y París, junio de 1949.

